

El matrimonio del señor Anselmo de los Tilos

Julio Verne



Anselmo de los Tilos es el último descendiente de una vieja familia de marqueses inútiles, quien además de haber heredado la riqueza económica y la personalidad de sus antepasados, posee una fealdad inexpresable, que no le permite hallar esposa. Su profesor de latín, Naso Paraclet, conmovido por la situación de su alumno y amigo, decide ayudarlo secretamente para conquistar a la fecunda novia que deberá salvar a la familia de los Tilos de su inminente extinción.

Asociación literaria y cultural sin ánimo de lucro creada en el 2012
en Palma de Mallorca, España.

En colaboración con:

Sociedad Hispánica Jules Verne

Recuerdos de un soltero de veintisiete

Prólogo a la traducción española de «El matrimonio del señor Anselmo de los Tilos»

Mucho antes de escribir sus más famosas novelas, Jules Verne se complacía escribiendo durante sus días de juventud, experimentando con disímiles géneros: obras de teatro, poemas, cuentos, ensayos y artículos científicos. Todos ellos ya mostraban —aunque la mayoría de estos trabajos no fueron publicados hasta años después— lo que sería el Verne de los *Viajes extraordinarios*, puesto que en muchos de estos textos ya se dejaban ver las ideas y el estilo que poco después le proporcionaría su magistral entrada al mundo de las letras.

En medio de los años cincuenta, el matrimonio constituye para Verne una preocupación importante. A su madre, que le habla constantemente de proyectos matrimoniales, le responde con tono cínico, recordándole que los amores infelices de su juventud estaban tan vivos que esto le impedía contraer vínculos conyugales. Es por esta época que Verne pasa a ser miembro de un grupo parisiense, «Los once sin mujer», compuesto por solterones empedernidos. Es

el propio escritor quien se mofa de muchos de sus amigos, cuando estos desertan y se aprestan a casarse. Para él, todo matrimonio es objeto de burla.

La burla y el tono irónico, en ocasiones bufón, también están presentes en «El matrimonio del señor Anselmo de los Tilos», una de aquellas historias de juventud.

Aún no se ha podido determinar la fecha de redacción del relato. Olivier Dumas la ubica en el año 1855, apoyándose en que Verne había cumplido en este año sus veintisiete primaveras, es decir la edad que le atribuye a su marqués. Esto nos situaría exactamente dos años antes de su matrimonio. Por otra parte, otro de los estudiosos de la obra verniana, Daniel Compère la ubica dos o tres años más tarde. Lo cierto es que el manuscrito, aun cuando está firmado, no tiene fecha de redacción.

No fue publicado en su momento, porque como tantos otros podía ser considerado como marginal para la época y quedó en posesión de la familia del francés hasta el 8 de julio de 1981, cuando la ciudad de Nantes se decidió a adquirirlo a la muerte de Jean-Jules Verne, nieto del escritor.

Anteriormente, en 1971, Charles-Noël Martin habla de la existencia de esta historia en su bibliografía *Jules Verne, sa vie et son oeuvre* y la sitúa entre las piezas de teatro sin fechar. André Bottin, en 1978, la cita en su bibliografía de manera idéntica. El primero en clasificar correctamente la historia es Daniel Compère, en 1978, en una bibliografía publicada por el *Centro de documentación de Amiens*.

Dicha venta de 1981, permitió que, un año más tarde, Daniel y Olivier estudiaran el manuscrito. Luego, en 1985, Piero Gondolo della Riva, el famoso investigador verniano italiano, la cita en su célebre bibliografía sobre las obras de Verne. Pero aún la historia continuaba —al igual que otras— siendo inédita. Solo quedaba publicarla para que de ese modo el lector asistiera al encuentro de un Verne desconocido, lleno de humor e ironía; a un Verne arropado de gran

influencia teatral, que crea, al decir de algunos especialistas, su mejor vodevil.

No fue hasta 1991, que la ciudad de Nantes, en su colección de cuentos *Manuscrits nantais*, puso a disposición de los lectores la tan esperada historia, publicada junto a otro gran número de obras también inéditas. Luego vendrían otras dos ediciones del cuento. En el propio año 1991, Jean-Michel Margot, presentaría una edición anotada y completa, y en el año 1993 volvía a aparecer en el libro *San Carlos et autres récits inédits* editado por Christian Robin.

Existen dos interesantes direcciones en el contenido del relato. Primeramente, el tono burlesco que Verne da al matrimonio y para esto lo hace por intermedio de su personaje principal, el marqués Anselmo de los Tilos, que representa el último de una descendencia de noble linaje próxima a extinguirse. La mofa, los juegos de palabras y la ridiculez de los nombres propios de los personajes son elementos visibles al hacer una primera lectura de la obra. Los ejemplos extraídos de la gramática de Lhomond^[2] y las citas de Virgilio le permiten al joven autor trazar a través de todo el relato una relación humorística entre la gramática latina y el matrimonio.

El segundo punto que retiene la atención es el importante rol jugado por la gramática y literatura latinas. Propiamente hablando, no es que el autor haga prueba de erudición, puesto que los conocimientos divulgados en la obra son aquellos que se podían escuchar de todo bachiller al terminar los estudios secundarios clásicos en Francia. La lengua latina —a la que Verne dedica cierto tiempo de estudio— constituye uno de los principales motores impulsores de la obra y los recuerdos de las conjugaciones y las declinaciones que debió aprenderse de memoria debían haberse agolpado en la mente del joven escritor mientras la redactaba.

Verne tomó varios de los elementos de su vida diaria para concebir la esencia de la historia, máxime cuando se dice que él originó un gran número de sus cuentos tomando como base las experiencias de sus viejos profesores del liceo y a la aristocracia provincial de su ciudad natal. Además se ha dicho que la ciudad de C... —la de la historia— es sin dudas su natal Nantes y el devoto Naso Paraclet, latinista y discípulo de Lhomond representa seguramente a un profesor del colegio Saint-Stanislas, escuela donde estudió durante muchos años, en particular en 1842, donde el personaje principal de la historia celebra sus veintisiete años.

Por otra parte, Verne nos hace ver en esta historia uno de los rasgos distintivos de la serie de los *Viajes extraordinarios*: el juego de palabras y la formación de nombres propios a partir de combinaciones de otros.

En el relato casi todos los nombres de los personajes tienen influencia latina. Tomemos por ejemplo el de la señora Mirabelle. Este nombre proviene de las palabras latinas *mirari*, que significa «admire, contemple» y *bellus*, que significa «bello». El nombre del presidente Pertinax está formado por *per* (de un lado al otro) y *tenere* (tener), lo cual le da el sentido de que es una persona testaruda y obstinada. Maro Lafourchette hace referencia a Virgilio —el autor de *La Eneida*—, cuyo nombre latino completo es Publius Vergilius Maro. Naso hace referencia a Ovidio cuyo nombre completo es Publius Ovidius Naso. También Paraclet, que es su apellido, es uno de los nombres con el cual se designa al Espíritu Santo. A su vez, el propio nombre de Naso, pronunciado bastante similar a la palabra francesa *nasal* da la sensación de imaginar al profesor con un apéndice nasal de una dimensión poco habitual. El nombre de la familia del personaje principal proviene a su vez del nombre de una planta.

Poco más de veinte años después de aparecer aquella primera edición francesa, se publica en este compendio de cuentos vernianos la traducción al castellano de «El matri-

monio del señor Anselmo de los Tilos», obra muy difícil de traducir a cualquier idioma dada la cantidad de expresiones en latín que la adornan, además del constante uso que Verne hace de palabras antiguas del idioma francés, los juegos de palabras y las expresiones de doble sentido.

Ariel Pérez Rodríguez

El matrimonio del señor Anselmo de los Tilos^[1]

Jules Verne

El marqués Anselmo de los Tilos había llegado, en 1842, a la racional y púber edad de veintisiete años. Es esta la época ultramontana de la existencia en la que los adolescentes terminan con las locuras de una juventud bien aprovechada, a menos que no las comiencen. Corresponde a ese período feliz de la vida donde se puede hacer aquello que, en un lenguaje enérgico y paternal, se conoce como tonterías.

Para abreviar, Anselmo de los Tilos representaba un joven de cabellos encanecidos, estirado en las puestas del sol. Sus cabellos, en abierta rebelión con las leyes de la geometría capilo-práctica, proponían a los más hábiles peluqueros un teorema insoluble, cuyos tiesos y erizados colorarios lanzaban el terror entre un centenar de muchachas de los alrededores. Por el contrario, los brazos simiescos, las piernas zancudas, los ojos extraviados, una dentadura adornada en palisandro y las orejas de escolar le atribuían al joven marqués un encanto indescriptible y un atractivo inexpresable.

Grande de cuerpo y pequeño de ideas, ancho de pecho, pero estrecho de cerebro, fuerte de hombros, pero débil de espíritu, de constitución física fuerte y pobre de inteligencia, ya fuese juntando montañas como Encelado^[3], o viviendo una existencia puramente vegetal, debía, indudablemente, ganar el reino de los Cielos.

Sin embargo, a Anselmo de los Tilos le prodigaban una cierta estima cuando lo miraban desde lejos. Como los altos monumentos, requería la lejanía de una perspectiva re-

habilitadora. A cien pasos de distancia, se podría decir que se asemejaba a una arquitectura piramidal. A ciento cincuenta pasos, representaba, de forma exacta, al amable ser de la gran sociedad. A doscientos era un Antinoo^[4], y las chicas comenzaban a sentir que una palpitación desconocida levantaba sus virginales tocas. Finalmente, a doscientos cincuenta pasos, las mujeres casadas lanzaban siniestras miradas sobre el esposo de sus encantos, y se las ingeniaban para combinar los artículos homicidas y conyugales de los códigos civil y penal.

Sin embargo, las calles sinuosas de la ciudad de C... apenas le permitían al joven marqués alcanzar estas bellas perspectivas. Y además, ¿de qué manera comprometer a las mujeres a semejantes distancias?, ¿cómo seducir a las jóvenes sin un poco de proximidad?, ¿cómo satisfacer, con una palabra lanzada de una calle a la otra, los más dulces sentimientos del alma?

De tal modo, los maridos y las amantes dormían entre las sábanas de la indiferencia. Colmaban así al joven Anselmo de atenciones amistosas y para su seguridad personal crearon, de mutuo acuerdo, un pararrayos contra sus descargas.

De acuerdo a las observaciones hechas a la Oficina de las Longitudes, el marqués de los Tilos se elevaba a un metro y noventa y cinco centímetros sobre el nivel del mar, pero su inteligencia alcanzaba no menos de tres metros por debajo del más tonto de los cetáceos. En cuanto a las facultades intelectuales, solo la esponja lucharía con él de forma desfavorable.

Sin embargo, el señor Anselmo de los Tilos llegó a ser marqués, ni más ni menos, y un marqués chapado a la antigua. ¡Sus vestimentas eran símbolo de la pura nobleza! ¡Su cuerpo nunca había experimentado una de aquellas bañeras gubernamentales de escasa nobleza! Ni bribón, ni burgués, ni villano, ni mercader. Era marqués y a justo título.

Puesto que su antepasado Rigoberto tuvo la nobleza de espíritu y la grandeza de alma necesarias para curar a Luis el tartamudo de una indigestión avanzada, en el año de gracia de 879, utilizando las hojas de una planta de tilo que crecía en su pedazo de tierra, fue hecho noble inmediatamente por la agradecida y aliviada realeza.

Desde esta época memorable, la familia de los Tilos había sembrado sus raíces en su madriguera, sin preocuparse de las invasiones extranjeras, o de los eventos foráneos, poniéndose a disposición, tan inútilmente como fuese posible, de su estimado país.

Durante la defensa de París por Eudes^[5] en el año 885, Rigoberto de los Tilos se escondió en el sótano de su casa.

En la época de las Cruzadas, Atanasio de los Tilos y sus cinco hijos se cruzaron de brazos.

Bajo el reinado de Luis XI, en el momento de la Liga del Bien Público^[6], Exuperio de los Tilos no se preocupó más que de su bien particular.

En la batalla de Pavía, Francisco I^[7] lo perdió todo, excepto el honor. La señora Aldegunda de los Tilos se dejó amar por un jovenzuelo y perdió un poco más que el rey de Francia.

En el día de las barricadas^[8], la familia de los Tilos no hizo más que hacerla detrás de su puerta, dando un ejemplo poco digno de imitar en nuestros días.

Durante el sitio de París por Enrique IV, en medio de la gran hambruna, Perefijo de los Tilos, lejos de comerse a sus hijos, los alimentó con algunas provisiones cuidadosamente acumuladas en sus áticos atestados.

Bajo el reinado de Richelieu^[9], los descendientes de este ilustre linaje aprovecharon el desorden para vivir en una paz profunda, y durante la guerra de Holanda^[10], Nepomuceno de los Tilos, no hizo más que luchar contra las ratas que les devoraban los quesos de su reino.

Durante la guerra de los siete años^[11], la señora Fredegunda de los Tilos engendró siete bellos niños y, a menos que se sospeche de su virtud, sería necesario creer que durante ese tiempo Agliberto de los Tilos, su valeroso esposo, no combatió al gran Federico al lado del mariscal de Sajonia.

En fin, estos apetitosos aristócratas no eran lo suficientemente nobles para ser sospechosos en el noventa y tres^[12], pero lo fueron para que les tocase su parte en la indemnización al regreso de los Borbones^[13].

Por consiguiente, Anselmo de los Tilos, último de esta descendencia, marchaba sobre las huellas de sus ilustres antepasados. No era ni bello, ni corajudo, ni pródigo, pero ignorante, cobarde y simple. En una palabra, marqués, bien marqués. ¡Solo por la gracia de Dios y la indigestión de Luis, el tartamudo!

En 1842, tomaba lecciones de latín de un estimado profesor, de nombre Naso Paracleto^[14], hombre versado en el estudio de la lengua latina, y cuya completa inteligencia costaba trescientos escudos por año.

Era el director espiritual del joven Anselmo, el mentor severo de un Telémaco vestido con piel de marqués, puesto que el pobre alumno no veía, no escuchaba, no comprendía más allá de lo que le enseñaba su profesor.

Los discursos de Naso Paracleto estaban impregnados con esa casta tranquilidad que distinguió al devoto Eneas^[15], su héroe favorito. Sus oraciones se adornaban incesantemente de fórmulas y de ejemplos tomados de la gramática latina de Lhomond, profesor emérito de la antigua Universidad de París^[16].

—Ventre de cierva, señor marqués —le decía de buena fe el devoto Paracleto—, usted es de una nobleza no menos vieja que antigua, y labrará su camino. *Viam facietis*, porque no me atrevería jamás a tutearlo en esta lengua divina, pero deshonesta.

—Sin embargo —contestó el desdichado de los Tilos— tengo veintisiete años cumplidos. ¿Quizás sería este el buen momento para iniciarme en los secretos del mundo?

—*Cupidus videndi*^[17]. Sus reglas de conducta y gramática están todas contenidas en Lhomond: desde *Deus sanctus*^[18] hasta *Virtus et vitium contraria*^[19], los altos principios de la sintaxis y la moral se encuentran claramente explicados y deducidos.

—Sin embargo, en fin —respondió el joven Anselmo—, ¿no es necesario que un matrimonio adecuado venga a renovar a mi familia ya casi extinta?

—Sin duda alguna, señor marqués, sobre usted descansa la esperanza de todo un noble linaje. ¡*Domus inclinata recumbit*^[20]!

—*Recumbit humi bos*^[21] —ripostó de los Tilos para hacer gala de su conocimiento.

—Mil excusas, mi ilustre alumno, se confunde... *Procumbit humi bos*^[22] significa que el buey se cae en la tierra, y esta oración es usada por Virgilio en una circunstancia diferente. *Domus inclinata recumbit* significa palabra a palabra: *domus*, su familia; *inclinata*, que se va a extinguir, y *recumbit*, cuenta solo con usted.

—¿Pero quién me querrá amar, mi buen Paracleto?

—¿No cuenta usted acaso con cuarenta mil libras de renta? ¿Desde cuándo alguien se niega a casarse con cuarenta mil libras ofrecidas por veintisiete nobles años, acompañados de un marqués de buena familia, cuando este marqués abriga sus riquezas bajo los vastos techos de un castillo bien defendido por un gran torreón? ¡Habría que estar loco o poseer cuarenta y un mil libras!

—A decir verdad —continuó el marqués—, ¿qué es el matrimonio?

—Señor —contestó el nombrado Paracleto—, no lo he conocido nunca. ¡Soy soltero desde hace cincuenta y un años, y jamás mi alma, ni en sueños, ha vislumbrado las feli-

ciudades conyugales! *Attamen*^[23], tanto como le es permitido a un hombre honesto, *vir bonus dicendi peritus*^[24], razonar por aproximación sobre las cosas que no conoce ni *de re aut visu, aut auditu, aut tactu*^[25] (y este último vocablo fatiga enérgicamente mi pensamiento), responderé con mis mejores deseos al señor marqués de los Tilos, puesto que mi deber es inculcarle los principios elementales del mundo hasta llegar, inclusive, a la procreación.

El profesor pensó que podía ahogarse después de esta larga oración, pero afortunadamente volvió a tomar aire, tomó su tabaquera adornada con una imagen de Virgilio portando un vestido negro y la cruz de la Legión de Honor, se introdujo el dedo pulgar, que contenía un gramo de tabaco, en su orificio nasal y dijo:

—Soy el devoto Naso Paracleto y le haré parte, señor marqués, de mis opiniones personales sobre ese nudo anti gordiano que se llama matrimonio, himeneo, *matrimonium*. Lhomond en su curso de moral aconsejó conjugar en primer lugar el verbo *amo*, que significa «amar». ¡Al escoger esta palabra existe una sutileza que puede escapar a primera vista, pero que escapa por completo a la segunda! Procedamos con un método sintético y analítico a la vez. ¿Qué significa *amo*?

—Amar —respondió gallardamente el joven Anselmo.

—¿Qué es esa palabra?

—Un verbo.

—¿Es activo, pasivo, neutro o deponente^[26]?

—Activo —dijo sin dudar el marqués de los Tilos.

—Activo. Es activo, e insisto sobre esta cualidad esencial —dijo el profesor animándose—. Es activo. Y para gobernar al acusativo, es necesario que sea activo, en ocasiones deponente, pero nunca pasivo, nunca neutro. Sigamos. ¿Cuando el verbo no está en infinitivo... entonces?

—Concuerda con su nominativo o sujeto.